

Jornadas serenenses

El Ministro de Educación Pública don Enrique Molina en La Serena.—
Inauguración del año escolar en el Liceo de Hombres.—Discurso del
Rector don Jorge Miranda Herrera.—Conferencia del señor Molina
en el Ateneo.—Prólogo Lírico del señor Fernando Binvignat.

El lunes 8 de marzo tuvo lugar el acto de la inauguración de las clases del Liceo de Hombres. Concurrió a él el Ministro de Educación don Enrique Molina y en esa ocasión el Rector señor Jorge Miranda Herrera pronunció el siguiente hermoso discurso:

«Desde hace más de un siglo, Marzo de cada año abre las puertas de esta casa, como brazos que protegen o alas que cobijan.

Jóvenes estudiantes, quisiera en estos momentos que vuestra viva y rica fantasía os condujera de la mano a lo largo de estos severos y amplios corredores, hacia el tiempo en que sólo existíais en el fondo de la mirada creadora de vuestros antepasados, hacia ese tiempo ya lejano en que otras generaciones construyeron la brillante tradición del Colegio.

En Marzo de 1908, como cualquiera de vosotros, juguetero, con ansia de saber y engreído de sentirse liceano, llega un Gabriel González Videla; y estos patios lo acogen con el mismo calor de algarabía con que a vosotros os reciben, y estas salas encienden la misma inquietud que en vuestros espíritus hoy

despiertan, y esta campana de bronce que os saluda con su voz amiga, invitando al recreo o al estudio, es la misma que aún resuena como un eco de infancia en el corazón sentimental del actual Presidente de la República.

Otro Marzo, más distante, también como cualquiera de vosotros, llega un Enrique Molina Garmendia; el brillo de sus ojos y la sonrisa de sus labios anuncian al alumno inteligente y al compañero bondadoso. Cursa Humanidades, cosecha distinciones y es el tejo indiscutible, nombre que en aquellos años se daba al más aprovechado.

Termina en el Colegio y continúa en la Universidad. Se gradúa de Abogado y Profesor. Luego, abandona los Códigos para entregarse por entero a la Enseñanza. Empiezan, entonces, sus estudios de Filosofía, base fundamental para todo educador, y fuente clara, serena, cuyas aguas transparentes reflejan la imagen misteriosa del Cosmos.

Don Enrique Molina es, quizás, el primero que en tierras neo-hispánicas inicia estas disciplinas. Las cultiva con una aplicación y entusiasmo que poco a poco su figura intelectual va elevándose y proyectándose por encima de las fronteras de la Patria, hasta alcanzar jerarquía continental.

Más tarde, crea la Universidad de Concepción, de la cual es su primer y actual Rector. Desde su cátedra entrega generosamente su sabiduría, y los pueblos que entienden el idioma de Cervantes, escuchan al Maestro de América.

Mis queridos alumnos, hoy, al darles la bienvenida e iniciar las tareas escolares de un nuevo año, hemos tenido la suerte de que este acto sencillo, pero de inmenso significado para vosotros, lo presida una de las personalidades más destacadas de la cultura humanista del habla Castellana, quien, además, es Ministro de Educación de Su Excelencia, el Presidente de la República, don Gabriel González Videla.

Hay una feliz coincidencia que el destino nos ofrece y que

yo quiero hacer resaltar por ser ejemplo alentador para vosotros y por ser honor que pocos colegios del país pueden ostentar.

Don Gabriel González Videla y don Enrique Molina Garmendia, ya os dije, un día, como cualquiera de vosotros, llegaron a las aulas del Liceo de La Serena y se formaron en los mismos bancos que os esperan cordialmente; y, otro día, partieron por la senda que arranca desde las puertas que también os he hablado, con el recuerdo de esta casa, grabado para siempre en el alma e iluminado por una luz interior que supieron encender sus viejos profesores.

Hoy, uno es Presidente de la República y el otro su Ministro de Educación y Maestro de América.

Los años pasarán y con ellos nuestra generación y entonces habrá que buscar los futuros gobernantes y hombres de cultura superior, entre vosotros, niños de Chile, y ojalá que de este Liceo tan querido, se levanten muchos Gabriel González y muchos Enrique Molina, porque la Patria los necesita y la tradición del Colegio los reclama.

A continuación el señor Molina agradeció emocionado el homenaje que se le rindiera. Luego al dirigirse a los alumnos hizo cariñosos y pintorescos recuerdos de su vida escolar en el Liceo y los exhortó al trabajo, al cumplimiento del deber y a la disciplina.

Las palabras del señor Molina fueron escuchadas con profundo interés por los alumnos, profesores y padres de familia asistentes al acto.

En la tarde del mismo día el señor Molina dictó en el Ateneo una charla sobre el tema de «La Filosofía Perenne». La disertación del señor Molina fué precedida del siguiente inspirado Prólogo Lírico recitado por su autor el poeta don Fernando Binignat, que mereció calurosos aplausos de la concurrencia:

FILIALES VOCES

Las puertas de esta Casa,
esta Casa de O'Higgins, oh Maestro,
me recuerdan los brazos de mi padre
que se abrían en cruz en los regresos.
El niño del romance
codicia la belleza del lucero,
implora el corazón de los claveles,
se arrodilla a la sombra del convento.
El sabe que esta historia
tiene la majestad de un sacramento,
porque sois por herencia y por designio
como el Rui Díaz del hogar fraterno.
Aquí está vuestro banco, don Enrique,
el carrusel del recreo,
el cascabel de la campana amiga,
la Calle del Colegio
como la abuela que nos mira
llorando desde lejos.
Yo no quiero invocar las mocedades
porque es de flores el mirar al cielo.
Yo quiero que mis venas
sean estambres de mis pensamientos.
Yo quiero que el discípulo interrogue
la lección de Plutarco en sus imperios.
Yo quiero que el filósofo recite
el poema de Apolo, en su Liceo.
Bienvenido en la tierra de Gabriela,
en la de Magallanes, dulce muerto.
Nuestro sol indio os seguirá devoto,
nuestro mar os dirá su romancero.

Para alabar la montaña
Dios es el jazmín puro del silencio.
Para estrechar vuestras manos,
—Platón las codiciara de maestro—
yo hiciera de mi tierra un corazón
con una mariposa sobre un verso.

El programa fué completado además por una excelente ejecución al piano de la Polonesa Militar de Chopin hecha por la señorita Elba Nazarala y por magníficos números de canto que estuvieron a cargo de la Escuela Normal.

El señor Molina terminó su conferencia en los siguientes términos:

«En esta charla hemos tratado con bastante frecuencia los asuntos morales, o sea, los relativos a las actitudes y conducta del hombre; pero ello ha sido considerándolos como corolarios de la filosofía perenne. Ahora vamos a discurrir sobre que, aun dudando de ésta, es necesario aceptar una filosofía perenne en el orden moral.

Cabe que la razón humana dude de que en la base del universo haya un substrato divino del cual no sería aquél más que la eclosión. Cabe que dude también de que la naturaleza divina de ese substrato sea igualmente la del alma del hombre.

Pero no es posible sustraerse al imperio de una esencial filosofía perenne en el orden moral. Las costumbres y las formas cambian, mas subsiste siempre algo ineludible sin lo cual la vida humana misma perecería. No voy a ocuparme de nada heroico ni extraordinario sino de aquello que tiene que ser tan claro para cada hombre como la necesidad del aire puro para mantenerse. Los héroes y los santos, que son una especie de héroes, destacan y llevan a la exaltación normas que el hombre corriente observa hasta donde no le imponen sacrificios.

Tenemos así la ley del trabajo, la suprema y sagrada ley del trabajo. Constituye sin duda la más alta expresión de una

filosofía perenne. De la ecuación del hombre con el mundo fluye inevitablemente la función trabajo. El hombre para vivir necesita trabajar, o sea, hacer algo, producir algo que posea valor, aunque este consista sólo en la busca de su propio perfeccionamiento. Las condiciones del trabajo pueden variar hasta lo infinito. Ha habido instituciones para el trabajo hoy día execradas por la humanidad, como la esclavitud y la servidumbre. Fuera de estas formas definitivamente condenadas, el trabajo mal organizado puede conducir a la contracción de enfermedades como la neurastenia, la tuberculosis. Puede haber también haraganes y listos que vivan del trabajo de los demás. Pero todo no empece a que el trabajo no sea en su esencia la primera ley perenne de la humanidad. Como corolario debe decirse que el trabajo no hay que entenderlo cual mercancía que se vende por horas, concepción que aparenta por desgracia predominar en nuestro tiempo en que no se habla más que de reivindicaciones y reajustes. Trabajar para hacer las cosas bien debe ser la norma suprema y es el secreto del éxito.

Hay circunstancias que eximen al hombre de reponsabilidad como la de ser un alienado o hallarse momentáneamente fuera de su juicio. Pero la responsabilidad, como el trabajo, es en su esencia un dictado de filosofía perenne. Los movimientos de masas, tan característicos de nuestros días, escamotean la individualidad de todo lo que no sea hacerla servir de instrumento, soporte y número a la masa misma. Así los valores del espíritu que, por su consustancial superioridad, reclaman pronunciamientos individuales, quedan supeditados bajo las exigencias de la masa. Pero, de todas maneras, el sentimiento de responsabilidad constituye y constituirá una fibra esencial del carácter varonil y de la dignidad y personalidad humanas.

La disciplina y el valor son, después de lo dicho, corolarios de la filosofía moral perenne.

Estando en el terreno de la filosofía no podemos referirnos al hablar de disciplina a algo impuesto desde fuera, duro y seco

sino a una virtud del alma. La disciplina consolida por igual el cuerpo y el alma, instrumentos maravillosos del prodigio existencial. Disciplinarse es no malgastar torpemente las fuerzas de nuestro ser, sino enderezarlas a su más fructífero aprovechamiento. Bella norma del vivir es darse, pero darse a algo honrado y digno, a algo noble. El que así procede se da y se enriquece a la vez. Es virtud de la actividad espiritual entonarse a sí misma y entonar de consumo el organismo físico. En cambio, el que hace consistir ese darse en entregarse a los vicios, siquiera a la pereza, se deshace, se desmorona, y si no llega a criminal, deambula como una apariencia de persona, como un esferpento lamentable. Disciplina es capacidad de atención en el estudio y en la elaboración mental para que las facultades intelectuales no se desperdigen y resulten estériles. Disciplina es no hacer cosas inconfesables que obliguen a enmudecer y a torcer la vista, condición de la limpia lealtad debida a los padres, a los maestros y a los amigos. Disciplina es hacer del valor la cualidad admirable que debe ser, no atolondrado acto de impulsividad irreflexiva sino entereza del espíritu, ánimo para saber afrontar los peligros y dificultades de la vida, sin cobardía, pero también sin temeridad, jactancia ni fanfarronería.

Tenemos por último un fundamento, una premisa incommovible en la convivencia social. Es un hecho evidente que nadie puede negar ni tampoco eludir. Ni al misántropo ni al anacoreta les es dado sustraerse a él si no quieren perecer de hambre o de frío o por cualquiera otra causa relacionada con la inevitable cooperación de los demás hombres. Es un hecho que da un asiento roqueño a un principio que viene a ser por lo mismo también dictado de la filosofía perenne, la ley de reciprocidad que debe reinar entre los hombres, ley de equidad y de justicia, de comprensión y amor. Ha solido sublimarse durante épocas privilegiadas en corolarios refinados como son la hidalguía, la caballeridad, la lealtad. En tiempos revueltos y turbios como los nuestros suelen olvidarse estas cosas. Pero estimo que los

institutos de prestancia espiritual como los ateneos y las universidades tienen la obligación de ser un último asilo para ellas. Así, pues, a través del cambio de las formas, subsiste la esencia perenne y los hombres, para vivir, de igual modo que como hijos de la tierra no pueden sustraerse al trabajo; en sus relaciones mútuas deben llevar por norma el amor, la armonía de los corazones.